

Ménades y Meninas



Uno de los "judas" en la entrada principal de la casa-cueva de O'Gorman. Fotografías: Esther McCoy

A cuarenta y cinco años de la destrucción de la casa cueva de Juan O’Gorman

Jorge Vázquez Ángeles

EL 16 DE JUNIO DE 1951, Esther McCoy, escritora estadounidense que abandonó la ficción para dedicarse a escribir sobre arte y arquitectura, recibió una carta de Juan O’Gorman. En ella, el autor de la Biblioteca Central de Ciudad Universitaria, el edificio más emblemático de la arquitectura mexicana, le dice que no pudo enviarle los planos de la casa que está construyendo en el Pedregal porque sin fotografías del producto terminado significarían poco o nada, pero que en cuanto concluya la obra le enviará todo el material si aún lo desea.

Así transcurrirán varios años de amistad y de artículos sobre la obra de O’Gorman que McCoy publicará los siguientes años en revistas como *Progressive Architecture*, en la que, por ejemplo, en febrero de 1964 publica “Mosaics of Juan O’Gorman”, en el contexto de la exposición retrospectiva del arquitecto que ella organiza en el San Fernando Valley State College, en California.

Diecinueve años después, McCoy recibe otra carta de su amigo mexicano, fechada el 5 de enero de 1970. Aunque el documento original no pudo rastrearse entre el extenso archivo¹ de esta mujer —que consta de más de cincuenta cajas con diarios, artículos, recortes, fotografías, diapositivas y películas—, en la caja 27, folder 20, “Notes and Writings, circa 1942-1960s”, se encuentran una serie de hojas escritas a máquina en las que McCoy rememora la primera vez que vio esa misma casa en construcción, —recuerda la fecha exacta porque O’Gorman llevó cervezas a los albañiles que la construían, el 3 de mayo de 1951, el día de la Santa Cruz—, y que posteriormente registraría en fotografías, ayudando a popularizarla. En otra hoja de color rosa contenida en el mismo folder, una flecha roja apunta a la referencia

¹ Todo el archivo de Esther McCoy puede consultarse en línea en Archives of American Art, del Instituto Smithsonian: <http://www.aaa.si.edu/collections/container/viewer/O-Gorman-House-1951-493100>

de esa segunda carta escurridiza: “Helen me pidió que no te lo contara pero tengo que decírselo a alguien porque esto me ha causado un pequeño trauma del que quiero recuperarme. Esta casa fue, considero, el único y verdadero trabajo creativo que he hecho. Los otros fueron más o menos poco originales”.

Se trata de la segunda casa que O’Gorman construyera para sí mismo, una casa-cueva construida en la avenida San Jerónimo 162, en un terreno típico del Pedregal, con una ancha capa de lava del Xitle y una pequeña gruta natural que O’Gorman aprovecharía para vivir, literalmente, en una cueva. Una casa diametralmente opuesta a la primera que inauguró en México la arquitectura funcionalista en Latinoamérica y con la cual convencería a Diego Rivera para construir su estudio y el de Frida Kahlo en San Ángel.

Atrás había quedado su desencanto por el Movimiento Moderno cuyos postulados fueron prostituidos tanto por arquitectos como por desarrolladores que en aras del beneficio económico aprovecharon la austeridad y eficiencia de las “máquinas de habitar” *lecorbuseanas* para lucrar y causar, años después, el desastre urbano de las ciudades de la segunda mitad del siglo xx. Es probable que O’Gorman se sintiera responsable de haber abierto la caja de Pandora, por lo que abandonó

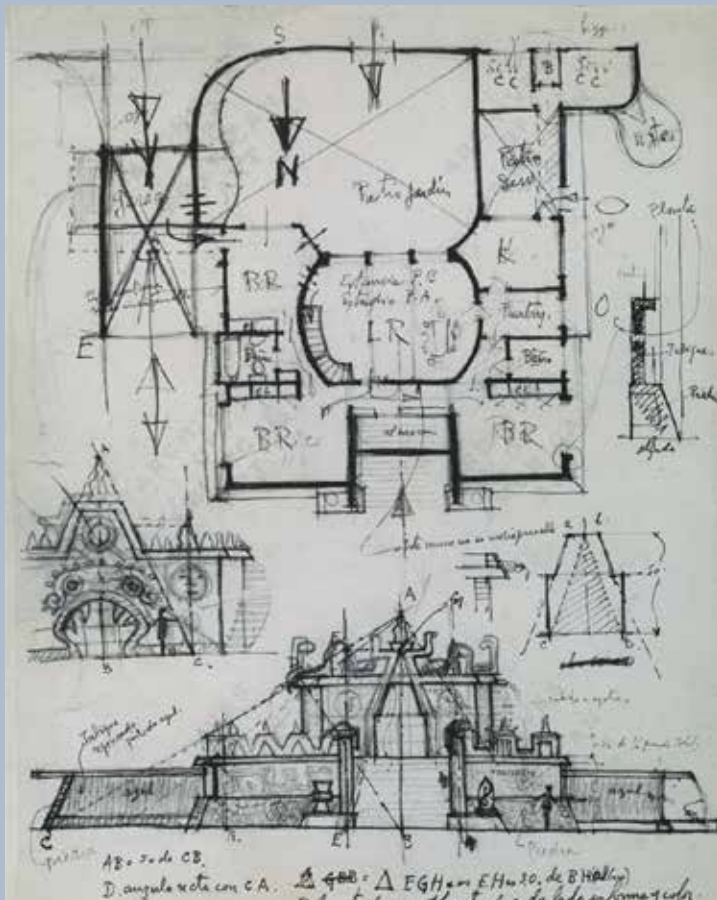
la arquitectura para dedicarse a la pintura de caballete y mural que en cierto modo aplicaría en su gran proyecto, la Biblioteca Central de Ciudad Universitaria, por medio de la técnica del mosaicos de colores en bastidores de metal, y que paralelamente utilizaría, en otra escala, en su segunda casa, más cercana a los postulados de la arquitectura orgánica de Frank Lloyd Wright y a las lecciones de Antonio Gaudí en el Parque Güell.

El destino fue caprichoso con las obras de O’Gorman: la primera casa, proyectada para su padre Cecil O’Gorman, fue vendida al matrimonio Borissof en 1965 y fue sufriendo una serie de modificaciones que la dejaron irreconocible hasta que el INBA la rescató; la segunda no corrió con mejor suerte: según el testimonio de la escultora Ángela Gurría, reproducido por Elena Poniatowska en la tercera parte de su artículo “Juan O’Gorman”², el arquitecto tuvo que vender su cueva en 1969 para poder pagar la escuela de su nieta *Bunny* que estudiaba en Estados Unidos. A sus sesenta y cuatro años de edad, O’Gorman le cuenta a McCoy que consultó con abogados sobre la destrucción de su casa, pero éstos le aconsejaron que dejara así las cosas porque

² <http://www.jornada.unam.mx/2000/02/04/cul3.html>







Croquis de la planta y alzado. Dibujo de Juan O'Gorman

había firmado tontamente un acuerdo de compra que le impedía legalmente interferir en el futuro y en el uso que se le diera a su obra.

Dice Esther McCoy en su artículo publicado en *Progressive Architecture* en marzo de 1970, que desde el principio, a O'Gorman le preocupaba si la nueva propietaria dejaría entrar a los visitantes, en promedio mil al año, que comúnmente iban al Pedregal para conocer la casa. En el mismo artículo de Poniatowska, Ángela Gurría dice que un día llegó Mathias Goeritz a su estudio con una caja de cartón, en la cual llevaba piedras y cascajo: “¡Mira lo que queda de la casa de Juan!”³

La compradora de la casa-cueva fue la escultora Helen Escobedo, quien en ese momento encabezaba la Dirección de Galerías y Museos de la UNAM. “Helen pronto se hartó de la casa, a punto de vender el todo por el valor del terreno, que es bastante grande y que estaba ocupado en buena parte por uno de los jardines más bellos de México, compuesto y cultivado por Helen O'Gorman, esposa del pintor-arquitecto [...]

Las deidades aztecas que ornamentaban la fachada ya no existen, debieron ser destruidas para volver habitable uno de los más obvios fracasos arquitectónicos de O'Gorman”, sentenció Raquel Tibol.⁴ En la actualidad, del proyecto quedan vestigios en la barda de piedra.

Esther McCoy hablaba de las dos rebeliones de Juan O'Gorman: la primera con sus casas funcionalistas inspiradas en Le Corbusier que rompieron la tradición de la típica casa colonial española; la segunda, con su casa-cueva, cuyos mosaicos él mismo construyó con la ayuda de un solo albañil, seleccionando cada piedra, dando forma a dioses prehispánicos como Chaac, soles, lunas, mariposas, jaguares y dos Judas que flanqueaban la puerta principal. Su cueva fungió como una venganza en contra de quienes rechazaron su primera propuesta para la Biblioteca Central, que quería construir con muros inclinados de piedra volcánica, como si un nuevo Xitle hiciera erupción en pleno campus universitario. El siempre combativo David Alfaro Siqueiros se mofó de la Biblioteca Central al decir que se trataba de una “gringa vestida de china poblana”, aludiendo a la contradicción de un edificio eminentemente funcionalista, una caja, forrada con piedras traídas de todos los estados de México.

La crítica de Siqueiros no le afectó tanto como la destrucción de su casa, ocurrida hace cuarenta y cinco años. El desgaste que fue sufriendo su matrimonio, la depresión y ciertas presiones económicas orillaron a Juan O'Gorman a suicidarse en “tres actos”⁵ el 17 de enero de 1982: masticó una sustancia venenosa con la que preparaba los pigmentos de sus pinturas, al tiempo que, dejándose caer con una soga al cuello, amarrada a un árbol de su casa en San Ángel, se disparó en la sien.

Esther McCoy falleció el 30 de diciembre de 1989, no sin antes escribir “The death of Juan O'Gorman”, artículo publicado en *Arts and Architecture* en la primavera de 1982. ▀

³ *Íbid.*

⁴ *Íbid.*

⁵ http://cultura.elpais.com/cultura/2013/03/22/actualidad/1363980562_541976.html